

# GALERÍA

PUEDE HABER AMOR SIN CELOS, PERO NO SIN TEMORES Gaceta Nº 123 - Febrero de 2011

**¡¡HOLA!!**



**FELICIDADES A TODOS EN EL MES  
DEL AMOR Y LA AMISTAD**

**LA ASAMBLEA ANUAL DEL CLUB DEL LIBRO  
ESTÁ PREVISTA PARA LA SEGUNDA QUINCENA  
DEL MES DE MARZO. LA FECHA Y LA SALA SE  
COMUNICARÁN MÁS ADELANTE.**



## *Necrológica*

Carlos Edmundo de Ory, poeta gaditano, hijo del poeta modernista Eduardo de Ory y hermano de nuestra amiga, socia del Club del Libro en Español y secretaria del Premio Platero de Cuento y Poesía durante varios años, Conchita de Ory, ha fallecido el 20 de noviembre de este año, en su casa de Thezy-Glimont. En su ciudad natal, Cádiz, de la que era hijo predilecto y pregonero de su carnaval, se le han rendido numerosos homenajes y se ha declarado un día de luto oficial.

De Ory fundó en 1945 el «Postismo», un movimiento post surrealista, junto al pintor Eduardo Chinarro y el italiano Silvano Sernesi. En 1951, inicia una nueva etapa poética con la publicación de su manifiesto «introrrealista» en el que

preconiza la creación de un arte que manifieste la realidad interior del hombre, utilizando un lenguaje que emerja de la invención misteriosa de los estados de la consciencia. Fue autor de una veintena de libros de poesía, entre los que figuran *Aerolitos* (1962), *Los sonetos* (1963), *Poesía 1945-1969*, *Técnica y llanto* (1971), *Poesía abierta* (1974), *Metanoia* (1978), *La flauta prohibida* (1979) y *Nuevos aerolitos* (1994). Destacó también como narrador: *El bosque* (1952), *Una exhibición peligrosa* (1964), *El alfabeto griego* (1970), *Basuras* (1975) y *Del caballero, la muerte y el diablo* (1991).

El 29 de octubre de 2003 presentó su antología *Música de lobo* (1941-2001). A raíz de esta publicación, De Ory dijo: «*Lo único que me fascina es el amor y el dolor*». En 2004 se presentó *Diario 1944-2000*, un repaso a la vida del artista a través de tres volúmenes y 1200 páginas. En 2006 el gobierno andaluz le concede el título de hijo predilecto de Andalucía. En 2007 presentó *El enterrador de vivos*, un libro polifacético y multimedia, que incluía un documental en DVD, docenas de dibujos y un disco en el que Luis Eduardo Aute y Fernando Polivieja cantaban sus poemas.

Transcribimos a continuación uno de sus *Poemas*: «**Invierno**»

Sólo se oye la lluvia  
Cómo besa  
Con sus bocas sedientas  
Los ojos de la Tierra

¡Sólo se oye la lluvia  
Como una extraña queja!

Silencio tú te mojas

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 022 917-4839

Sitio web: [www.clubdelibro.org](http://www.clubdelibro.org) - Correo electrónico: [clublibro@hotmail.com](mailto:clublibro@hotmail.com)

## Las mismas olas

### Primer Premio del Certamen Literario de Encuentro de Dos Mundos

*Autora: Diana Inés Christello*

La gente se queja, ¡extraña primavera! Feroces tormentas al despuntar el día y mansos ocasos rosados. El tiempo está loco, piensa María, duplicando la cantidad de abrigo. A las 5 en punto, José pregunta si todo está listo. Apenas amanece. María envuelve a las pequeñas con gruesas pañoletas y asiente. Todo lo listo que se puede estar, piensa, pero no lo dice. Con el estómago revuelto y las manos crispadas, sube a las niñas al carro. Sólo dos kilómetros hasta el puerto, pero el pésimo empedrado hará interminable el viaje. Amalia, la mayor, vomita sobre su padre. Y a Sara el llanto le provoca un espasmo. Para María, mal presagio. Maldita América, piensa.

A las 9 una silbatina da comienzo al abordaje y una empinada rampa se despliega sobre el muelle principal. Babel de peldaños y migrantes. Primero, sombreros con plumas y bombines lustrosos. Mayordomos con levita, mucamas de almidón, maletas de cuero. A continuación, sencillos trajes a rayas, polleras de sarga y sombreros de felpa. Ecuanimidad, sin extremos. María imagina la dicha de poseer lo indispensable. ¿Será en Argentina? Entonces José hace un gesto indicando que deben sumarse a una larga hilera de turbados grises. Son los últimos, en todo sentido. La mayoría, cargando igual número de bultos, niños y enseres. Determinación sin entusiasmo. Nadie ríe.

Los camarotes, comunitarios, están separados por sexo. Los menores, con sus madres. María se acomoda y despide a José. Otras tres portuguesas compartirán el largo viaje con ella. Entre las cuatro suman once niños. María odia la promiscuidad de esos miserables metros cuadrados de hierro. Pero, con el correr de los días, acepta que la rescatan del olvido: hablan su lengua, comparten recetas y se cuentan secretos. También distribuyen equitativamente las tareas. Quien lava no cocina, quien cose no limpia. Todas cuidan los niños de todas y gozan de una tarde libre cada tres días. Para José, en cambio, aquello fue el infierno. Reservado y de muy pocas palabras, la convivencia le resulta asfixiante. No le interesan los naipes, el alcohol o las bromas. Se mantiene siempre al margen. Sabe, porque las contó, que durante la travesía pronuncia 117 palabras. La mayoría, por compromiso. De todos modos, los días pasan porque sólo saben sucederse y la proximidad del puerto de Buenos Aires se adivina en un denso nubarrón cargado de humedad, relámpagos y limo. Miles de juncos cubren la dársena del puerto acorralados por una feroz sudestada. Hasta que un bíblico diluvio pone la nave en peligro y el capitán desvía hacia Montevideo. El destino entonces se tuerce. Y sin más remedio, hace virar la popa.

María envejeció pensando que la suerte los abandonó por no radicarse en Argentina. En Uruguay, decía, somos tan pobres como antes. Nadie la contradecía. José aún remienda zapatos y yo plancho para gente rica. Jamás le reconoció a Montevideo un solo mérito. Y los pocos logros que alcanzaron, se los concedió a los santos. Ni siquiera el milagro de su único hijo varón, Buby, concebido siendo ya mayor, evitó que se volviera gruñona y pesimista. Tampoco la guerra. Prefero una trinchera antes que esta aldea, decía. A medida que sus protestas se multiplicaban, José enmudecía. Sus frases se volvieron palabras. Después, sílabas. Y finalmente gestos que hicieron mudas las diferencias. No sólo le molestaba su ingratitud, ni siquiera estaba de acuerdo con ella. Para él, Montevideo era una gloria. Con esfuerzo había comprado su vivienda y a un costado abrió el taller donde reparaba calzado. Jamás le faltó trabajo y sus hijos iban a la escuela, caminando, apenas, unas pocas cuadras. La ciudad tenía transporte público, algo impensable en Coimbra, buzones en las esquinas e incontables plazas verdes. Ciertamente, jamás sabrían lo que el destino les tenía preparado en Buenos Aires. Pero nada hacía suponer que era mejor que lo que habían encontrado en Montevideo. Además, tenían Pocitos...

El arroyo Silva corría hacia el Río de la Plata pasando justo por la calle 26 de Marzo, en su cruce con La Gaceta y Lorenzo Pérez. Eran tiempos de juncos salvajes y arena convertida en dunas. Atraídas por el cristalino arroyo, morenas lavanderas excavando pocitos lavaban allí la ropa de sus amos convenientemente sitiados en la ciudad amurallada. Fue por entonces que el arroyo se rebautizó «de los Pocitos». Y cinco años más tarde, en 1886, quedó oficialmente inaugurado el barrio Nuestra Señora de los Pocitos. Aún hoy se dice que si uno mira con atención el agua siempre verá las mismas olas, con la misma forma y color. A José le consta. Cada domingo sube a sus hijos al tranvía de *La Transatlántica* y con ellos hace el recorrido completo por la rambla, incluyendo el señorial Bulevar España. Entonces olvida el pesar de la semana. Y la memoria de betunes y pegamentos se convierte en yodo y espuma. Su perplejidad se exalta cuando inauguran el *Hotel Pocitos*. Nunca vio un edificio tan refinado. Por eso el paseo incluye ahora el selecto y distinguido universo que el complejo hotelero convoca. Es otro mundo. Uno de veraneantes despreocupados que, a todas vistas, pasan meses eligiendo ajueres y sombreros. Todo combina con todo. Gasas con alabastro, ámbar con tules. Hay piedra parís tallada como galones de seda y estuco simulando mármol. Exquisito, singular. Su hija Sara, que para entonces tiene sólo 12 años, decide que algún día ella misma será huésped del lugar.

Sara vuelve a mirarse en el espejo. Está complacida, y no es para menos. Esa capelina le llevó meses de ahorros. Se ve tan elegante... Y en el desfile de carnaval, sobre la rambla, piensa ubicarse entre lo más selecto de la sociedad. Su padre lo reprueba, pero no le importa. Qué sabrá este hombre, piensa. Cuando descienden del tranvía, Sara se separa del resto. No quiere que la vean en tan modesta compañía. Camina sobre una espumosa nube de fantasías y desvelos. Reniega de sus padres y de la pobreza. No es portuguesa ni uruguaya, es europea. También dice que su padre es maestro artesano y su madre, ama de casa devota. Así, de a poco, construye un mundo sin sudor ni cicatrices. Trabaja en la tienda del señor

Elías. Vende botones, canutillos, lentejuelas y todo lo que la élite necesita para adornar linajes y apellidos. Suenan tambores, pandeetas y trombones. Las primeras comparsas se alistan y desfilan al son de un candombe rítmico y contagioso. Gigantes y cabezudos valencianos son ahora fallas de indígenas y conquistadores. Carrozas, guirnalda, flores. Todo Montevideo está allí. Faraones, medusas, demonios y emperadores. Sara elige con precisión el lugar y hacia allí se dirige.

- Hermosa capelina, Sara.

La señora Aberásturi la saluda y le presenta a su hijo, Sebastián. Mil veces la atendió en la mercería. Excelente cliente, excelente familia, seguro de muy buen pasar, piensa. Sara agradece el cumplido y saluda al joven. Pocos meses después anuncian su noviazgo. Y la excelente señora Aberásturi, excelente persona, de excelente familia, se convierte en una suegra malintencionada y déspota. Lo que mal comienza, mal termina, dice María a su hija. Sara odia tener que darle la razón pero, lamentablemente, es lo que está sucediendo. Su matrimonio sólo le causa desdicha. Y después de dos interminables años, las cosas sólo empeoran.

A pesar de tener varias propiedades en Montevideo, los Aberásturi niegan a la pareja un lugar donde vivir. Así que, después de la boda, los recién casados se instalan en la mansión de Bulevar España, ocupando, apenas, el dormitorio que Sebastián ocupó de soltero. Ni siquiera cambian la cama. Sara cree que la retienen allí para hacerle la vida imposible. Casi lo logran. A poco de llegar se gana el apodo de «ésa» y un maltrato que estuvo a punto de hacerla capitular. Sólo la compensa haberse mudado al elegante palacete. Lo considera un logro. Como si un lugar pudiese cambiar la identidad. En medio de tanta hostilidad, Sara sufre un aborto. Cuando queda embarazada por segunda vez, conmina a Sebastián a marcharse. Nos vamos de Uruguay, dice. Pero él, con pocas agallas y ninguna habilidad para ganarse la vida, se niega. Sara no se despidió de sus padres ni de sus hermanos. Simplemente compra un boleto en el Vapor de la Carrera y se va. Una rivera indiferente la ve partir malherida pero entera. El odio enferma, pero también fortalece. Y cuando el pardo río se convierte en La Reina del Plata, Sara sabe que llegó donde siempre debió estar. Jamás olvidará esa mágica mañana de agosto. El sol convirtiendo el terroso oleaje en algo semejante al mar.

Con el mismo carbón que alimenta rencores, Sara encuentra razones para explicar su incómoda soledad. Mi marido murió en la guerra, dice, y mi familia volvió a Europa firmada la paz. Incredulidad y sospecha la rodea en un comienzo. Pero a fuerza de repetir esa historia, todos terminan creyéndola. Incluso ella. Sólo su hija, Matilde, desconfía. No hay fotos, cartas, medallas, condecoraciones. Ambas parecen salidas de un árbol que apenas dio dos frutos. No hay nada detrás, ni cerca. Sobre la calle Uruguay, vaya ironía, Sara abre la casa de modas más chic de Buenos Aires. Ella diseña y un ejército de mujeres confecciona. No hay bodas ni compromisos sin sus creaciones y no hay publicación que no las elogien. Cuando la mujer de un ministro aparece en los diarios con uno de sus trajes, medio país lo copia. A Sara no le preocupa. Está detrás de Eva Perón. Así que, desde hace meses, extiende redes y establece contactos seducida por cierta empatía. Aunque goza de sus beneficios, Evita no pertenece a la alta sociedad. Como ella, aprovecha esa azarosa gloria que no da la cuna sino la historia. Además, la segunda guerra imposibilita la importación de Europa. Las siluetas más encumbradas de Buenos Aires están a su merced. Es ella o vulgares reproducciones nacionales.

En 1947 la Primera Dama sale de gira. Un *tailleur* de Sara es empacado junto al exquisito ajuar. De riguroso negro, limitadísima por su sobrepeso, la mujer del Generalísimo, Carmen Polo, pondera, no sin cierta malicia, su traje. A los 28 todo sienta bien, le dice. Evita no contesta, pero más tarde se refiere a ella como «la gorda». Por primera vez desde que gobierna, Franco tiembla. Aun así, la foto de Eva Perón con aquel traje color borrao recorre el mundo. Sara sabe entonces que llegó. Lamentablemente, no está para festejos. La úlcera vuelve a sangrar. Brutalmente.

*El País* de Montevideo publica en su portada aquella fotografía. Al leer la nota, José sabe de inmediato que «la afamada diseñadora» es su hija. No se lo dice a nadie. Su mujer agoniza, víctima de una adversidad que, según ella, no le dio respiro y de una hija que desapareció sin dejar rastros. Entonces decide viajar a Buenos Aires. Tiene náuseas y un tremendo dolor de cabeza. Aquel cruce del Atlántico todavía le eriza la nuca. Pero se repone, y ya en el puerto unos paisanos le indican cómo llegar al centro. El *atelier* de calle Uruguay lo deslumbra. El paraíso debe ser así, piensa. Dentro, una mujer supervisa a sus empleadas. ¿Será ella? Ahora es rubia, espigada y tiene las manos enjoyadas. ¿Cuántos años pasaron? ¿20, 30? No está seguro. José mira su propia ropa raída. Huele a betún. Y a viejo. Pero reúne coraje y entra. La mujer enjoyada le dirige una mirada fulminante. Atrevido, piensa. Entonces le ofrece unas monedas y le pide que se retire. Sin embargo, sabe. O presume. O adivina. Hay en ese rostro algo familiar. Algo que convierte el exilio en un pésimo lugar donde estar.

La segunda guerra termina dejando mendigos y millonarios. Todos, con la imperiosa necesidad de festejar. Tal vez por eso las galas se hacen más frecuentes y los fines de semana interminables. El alivio de la posguerra incluso corre la línea del horizonte haciendo que el *Delta del Tigre* ya no sea un balneario para recomendar. Entonces playas argentinas y uruguayas florecen con el impulso de pioneros tras la cotizada exclusividad. En Mar del Plata se instala la corte local. En Punta del Este, la cosmopolita. Compañeras de colegio invitan a Matilde más de una vez, pero su madre le niega el permiso. No es lógico, piensa la joven. En las playas esteñas se concentra la mejor pizarra francesa y *boiserie* del más valioso nogal. Justo lo que su madre adora. Ante su insistencia, Sara promete llevarla a veranear. Antes pasaremos unos días en Montevideo, le dice, y hace reservas en el *Hotel Pocitos*. Desde entonces, todas las noches Sara sueña con la Rambla, la confitería del *Telégrafo*, el *Bar Británico*, el barrio Casabó, la playa Ramírez... Y la memoria vuelve, pero es una bestia nocturna que roe su conciencia enferma de culpa e insomnio.

(Termina en el próximo número)

## BASES DEL PREMIO PLATERO DE CUENTO Y POESÍA 2011

Podrán concursar en el Premio Platero 2011 todos los autores noveles, residentes en cualquier país, sean miembros o no del Club del Libro, que no hayan publicado obras con una tirada superior a 5000 ejemplares ni hayan ganado premios literarios de una cuantía superior a US\$ 1500.

Los trabajos, originales y rigurosamente inéditos, de temática libre, podrán presentarse:

### **1º - Por correo postal:**

Se remitirán por **triplicado**, indicando en su portada el título y el seudónimo del autor. Se presentarán mecanografiados en folios tamaño DIN-A4, a doble espacio y por una sola cara. Las obras se enviarán en un sobre cerrado a la siguiente dirección:

Club del Libro en Español  
Palacio de las Naciones, oficina E-1026  
Primer piso - Puerta 40  
1211 Ginebra 10 - Suiza

En el interior del sobre se introducirá otro más pequeño en el que constará el seudónimo y el título de la obra y que contendrá los datos personales del autor, a saber: nombre, apellidos, dirección, teléfono, fax o dirección de correo electrónico, así como un breve currículum.

### **2º - Por correo electrónico:**

Se enviarán los trabajos en Word (hoja tamaño DIN-A4) en letra Times New Roman tipo 12 mecanografiados a doble espacio.

En el mismo correo electrónico se adjuntará otro fichero llamado seudónimo-currículum en cuyo interior constarán los datos personales del autor, el título de la obra, seudónimo, e-mail y un breve currículum. La persona encargada de recoger los trabajos velará por el secreto de autoría.

Las obras se enviarán a la siguiente dirección electrónica: *clublibro@hotmail.com*.

**Sólo se admitirá un máximo de un trabajo por concursante, en cada categoría. Los cuentos tendrán una extensión máxima de doce folios. La extensión de la obra poética no excederá de 150 versos en uno o varios poemas. En ningún caso figurará ni en la portada ni en el resto del texto el nombre del autor. El plazo de presentación quedará cerrado el 2 de mayo de 2011, a las 12 de la noche.** Cualquier obra que se remita posteriormente no entrará en el concurso, aunque tendrán validez las obras que lleguen con posterioridad por correo postal, siempre que el sello de envío sea anterior a la fecha máxima indicada.

Los premiados en cada categoría recibirán un diploma y 1000 francos suizos.

Si el jurado considera que otras obras presentadas tienen calidad suficiente, podrá otorgar hasta dos menciones honoríficas que recibirán un diploma.

El jurado estará integrado por tres personas. Los resultados se darán a conocer en un acto que se celebrará en el Palacio de las Naciones en Ginebra, en la segunda quincena del mes de junio de 2011.

El envío de los originales al Premio Platero supone la plena aceptación de las bases del concurso.

El Club del Libro en Español conservará las copias de las obras enviadas, aunque no hayan sido premiadas, pudiendo ser publicadas o dadas a conocer de otra forma, previa autorización del autor.